

nes en Europa, después de haber restituido el Asia Menor á los emires desposeídos y en adelante vasallos suyos. Además, Suleiman, hijo de Bayaceto, que había podido salvarse después de la batalla de Angora, había solicitado humildemente la paz y el permiso de volver á Rumelia. Quedaba, sin embargo, á espaldas del tártaro, si se retiraba á su país, un antiguo y turbulento adversario en Bagdad, á quien era menester reducir á la impotencia. Era este adversario, como sabemos, Ahmed Ibn Oweis, que durante los sucesos del Asia Menor se había sostenido en Bagdad principalmente con el auxilio de su antiguo amigo Kara Yusuf, que al regreso de Timur del Oeste se había juntado otra vez con sus borregos negros. Después habían sobrevenido conflictos entre los dos jefes, y Ahmed tuvo que huir á Siria para no caer en poder del jefe turcomano. Este se había apoderado de Bagdad, donde gobernó como sultán mientras plugo á Timur, que fué por poco tiempo. Timur, habiendo sometido todo el Asia Menor y reinstalado á título de vasallos suyos á los emires expulsados, marchó á Armenia para hacer sentir el peso de su brazo á los que en los pasados tiempos difíciles se habían rebelado contra él. El ortokida se le presentó personalmente, sumiso y tembloroso, con ricos presentes, y fué recibido benévolutamente; pero los georgianos, que se habían mostrado otra vez rebeldes, fueron duramente castigados. Por último Kara Yusuf fué derrotado cerca de Hilla, en 806 (1403), por un ejército enviado á este fin al Sur, teniendo que huir á Siria, donde fué hecho prisionero con Ahmed, su anterior aliado, y encerrado en el castillo del Cairo por orden del sultán Faradsch, que temía la ira de Timur. Este, entonces, al cabo de cuatro años de guerras en Persia y en los países del Oeste, pudo regresar tranquilamente á su país. En el camino aniquiló á algunos rebeldes en los países junto al mar Caspio, y en el mes de Moharram de 807 (julio de 1404) entró á la cabeza de su ejército en su capital Samarcanda.

No era su intención pasar allí mucho tiempo, ni menos disfrutar de reposo, sino hacer los preparativos necesarios y lanzarse en seguida á una nueva empresa colosal. Desde Moscou hasta Delhi, desde el Irtsch hasta el Mediterráneo, no había país que no hubiese resonado bajo los cascos de sus caballos. Entonces dirigió Timur sus miradas al Este; el khatato de Kaschgar, que desde la campaña de 792 (1389) estaba sumiso á sus pies, confinaba con la China, y para arrojarse sobre este imperio no le faltó pretexto. En 1368 (769-770) habían tenido que dejar el trono los sucesores de Gengis-Khan, de la línea de Kubilai, que hasta entonces habían reinado sobre la China, para ceder su puesto á Ming, fundador de una nueva dinastía nacional china. Esto bastó á Timur, que hasta su muerte afectó ser el mayordomo de los descendientes del gran conquistador mogol, para hacer ver á sus emires el ineludible deber de reincorporar la China á su imperio. Reunió el kuriltai, que aceptó al instante la idea con el entusiasmo, probablemente, con que debió de aceptar el senado francés las proposiciones de Napoleón I. Entonces se pusieron manos á la obra, porque para Timur, septuagenario ya, no había que perder tiempo, y al quinto mes de haber entrado en Samarcanda el terrible conquistador emprendió la marcha á la cabeza de un ejército de doscientos mil hombres, reunido y completado en el corto espacio de cuatro meses.

En Otrar, en la orilla derecha del Yaxartes, cayó Timur enfermo, y tan violenta fué la fiebre que de él se apoderó que desde el primer instante se desesperó de salvarle, y, en efecto, el 17 de Scha'aban de 807 (18 de febrero de 1405), espiró el más poderoso y el más activo de todos los príncipes mahometanos conocidos. De él puede decirse: «Acabó,

y el mundo quedó como si tal hombre no hubiese existido;» porque nada quedó de cuanto puede dar valor al reinado de un soberano.

No conviene, reflexionando sobre los sucesos históricos, considerarlos ni desde la altura exagerada del idealismo abstracto, ni desde el fondo de sencilla vida vulgar con su moral casera. Ya en otra ocasión hicimos ver lo inútil de las lamentaciones que nos arrancan las miserias de la guerra, cuando la humanidad, tal como es, necesita conmociones fuertes para no aletargarse y para seguir cumpliendo su destino; y por esto no vemos en hombres como César, Omar y Napoleón I, sino instrumentos del destino cuya misión es despedazar un mundo gastado para hacer sitio á organizaciones nuevas y de vitalidad lozana. Es muy notable la analogía que existe entre Napoleón I y Timur. Comunes á ambos son el genio militar, tanto organizador como estratégico y táctico; la tenacidad en la persecución de las ideas, la acción rapidísima cuando llega el momento de su realización; el equilibrio tranquilo interior en las empresas más peligrosas y más difíciles; el cuidado de confiar su ejecución con la menor posible latitud á jefes inferiores; la energía incansable con que tomaron personalmente todas las disposiciones algo importantes; la sagacidad para descubrir desde el primer instante los flacos del enemigo, sin caer en el extremo de tener en poco ni menos de despreciar sus recursos; la misma frialdad en los cálculos del material humano que debe gastarse para realizar las grandes empresas; la misma ambición ilimitada y la misma magnitud de los proyectos de conquista con la explotación simultánea de los móviles más mezquinos de la actividad humana; la hipocresía verdaderamente magistral, y finalmente la misma amalgama de valor personal á toda prueba y de astucia artera.

Entre las diferencias que distinguen al conquistador tártaro del corso, conviene señalar el mérito de Napoleón de haber ganado casi todas sus batallas con su talento y pericia militares, mientras Timur debió sus mayores victorias, como las que alcanzó sobre Toctamysch, sobre el mosafarida Mansur, sobre el imperio de Delhi y sobre Bayaceto, á las discordias hábilmente sembradas en las filas enemigas ó al soborno de traidores miserables. Mas si estas diferencias no bastan para ocultar las analogías sorprendentes, sería injusto colocar á Napoleón al nivel de Timur, porque el primero más que soldado y más que conquistador y gran capitán, fué legislador y administrador; el código que lleva su nombre y la organización administrativa que ha dejado á la Francia constituyen todavía hoy, al cabo de ochenta años, la trabazón que conserva unida la nación francesa, tan inteligente como turbulenta y tan indispensable á la civilización moderna; y por grandes que hayan sido las calamidades que ha causado desde la Rusia hasta la España al limpiar con escoba de hierro la era de Europa, en ninguna parte ha barrido con la paja y el polvo todo el grano bueno. Las obras de Timur en cambio solo consistieron en destrucción; en ninguna parte ocurrió al tártaro fundar nada duradero. Fué sin duda, prescindiendo de su crueldad feroz y fría, el genio más grande entre todos los soberanos mahometanos; su vida es una epopeya que escrita extensamente por un historiador de talento que sabe dar forma á sus personajes, ha de producir un efecto seductor é irresistible. Todos los demás soberanos mahometanos grandes, califas y sultanes, porque Gengis-Khan era pagano, deben gran parte de sus triunfos á otros, por grande que haya sido su parte personal. Moawiya tuvo á Siyad, Abdelmelik y Walid tuvieron á Haddschadsch, Mansur á los barmecidas y Alp Arslan á Nizam-el-Mulk, mientras el único instrumento de Timur fué su ejército aguerrido, obra suya y que solo él manejó, porque

en todas sus campañas de verdadera importancia nadie sino él lo dirigió y acaudilló. Ha habido otro gran capitán que en fuerza interior le igualó, y fué Omar, el cual si bien dirigió sus ejércitos desde lejos dando solo disposiciones generales, imponía y dominaba personalmente á todos sus generales, y además demostró toda su grandeza en otro terreno distinto del de la guerra: creó con hordas beduinas, que casi no conocían organización ninguna, y con provincias extranjeras desorganizadas, un Estado sobre cuyos cimientos se desarrolló durante ocho siglos de una manera progresiva y hasta cierto punto uniforme el mundo mahometano. Desde larga fecha fueron preparando los turcos la destrucción de estos cimientos; los mogoles y tártaros favorecieron la marcha preparatoria, si exceptuamos al excelente Gazan-Khan, cuya tentativa creadora no llegó á su realización completa, y Timur tuvo la triste gloria de haber dado remate á la destruc-

ción de la obra de Omar transformando el Asia occidental en un caos que ya no contenía los elementos necesarios para dar lugar á la creación de una nueva unificación del mundo mahometano. El paso de Timur por la escena política del mundo fué tan efímero que cuando hubo desaparecido continuaron funcionando los mismos elementos políticos de antes, como después de cualquiera otra suspensión forzosa; pero ninguno de ellos, después de la destrucción general en que perecieron los restos de la civilización que se habían salvado de los predecesores de Timur, pudo desarrollarse con la fuerza necesaria para conducir á un renacimiento del genio y del mundo mahometanos. Resulta, pues, que de los dos caudillos mahometanos más potentes, el uno, Omar, figura como creador, al principio del imperio político mahometano, y Timur, llamado Tamerlan, como destructor al fin del mismo imperio.

LIBRO CUARTO

FIN DE LA EDAD MEDIA ORIENTAL Y PRINCIPIO DE LA EDAD MODERNA

CAPITULO PRIMERO

LA HERENCIA DE TIMUR Y EL IMPERIO TURCO

Hasta aquí, en esta historia del islamismo, hemos tratado de presentar un cuadro del origen del Islam, que siendo religión, fué, al propio tiempo, potencia temporal, y siendo una Iglesia fué también un imperio geográfico y político. Después hemos presentado el cuadro de su desarrollo interior y exterior; su llegada al apogeo intelectual y á una civilización especial y duradera de los pueblos del Asia occidental, civilización que al través de rápidas mudanzas políticas se mantuvo durante largo tiempo á una altura respetable hasta la llegada de la catástrofe, preparada durante siglos de lucha entre árabes, persas y turcos é impelida con fuerza creciente por los pueblos orientales, catástrofe que se consuma con la invasión mogola y la ruina completa de los diferentes Estados mahometanos por Timur. La historia del islamismo considerado como conjunto con su movimiento interior y exterior acaba en su parte principal con Timur. Desde este momento se va ensanchando el abismo entre los diferentes países, especialmente entre la Persia y las provincias turco-árabes occidentales, á medida que se aflojan los lazos políticos y religiosos que hasta entonces los unían. El Asia anterior necesitó todavía un siglo para poner orden en la herencia del gran conquistador, ó mejor dicho, para demostrar la imposibilidad de ordenar el campo inmenso de ruinas que aquel dejó. La confusión aumenta en lugar de disminuir con tanto esfuerzo impotente; pero al fin se consigue crear cuatro centros, al rededor de los cuales se acogen y cobijan los restos de los pueblos mahometanos. Forman estos centros los turcos osmanlíes en Europa y el Asia Menor, los persas, los pueblos turco-tártaros del Este y, por un singular capricho del destino, los mahometanos de la India. El Irak árabe, algún día el centro de todo el grandioso edificio político, queda condenado á la soledad y á la nulidad política; la Siria, el Egipto y la Arabia son absorbi-

dos por el imperio turco, el Kipchak por el ruso; y las embestidas, á menudo formidables, de los turcos en Europa, no vienen á ser en último resultado, en vista de lo enérgico de la defensa, mas que una retirada de los restos sueltos del islamismo ante el nuevo enemigo exterior, el Occidente cristiano. Viene á ser, en efecto, la última escena de un epílogo, un tanto largo, puesto que hoy todavía dura, pero que acabaría en el mismo instante en que se unieran los Estados europeos para repartirse entre sí, á fin de colonizarlos y organizarlos al estilo europeo, los países mahometanos, empresa que entonces pocas dificultades ofrecería. Pero es excusado decirlo: esto desgraciadamente no es fácil que suceda, de suerte que continuará todavía por cierto tiempo la rigidez cadavérica del Oriente mahometano, interrumpida de cuando en cuando por alguna convulsión, hasta que una causa cualquiera mueva la chinita búlgara, afgana ú otra, que, rodando, hará rodar otras hasta formar la avalancha irresistible que acabará de una vez con aquellos restos. No es nuestro propósito en esta obra exponer la historia ni del desenvolvimiento de cada uno de los Estados indicados ni de la marcha sucesivamente más y más acelerada de las conquistas de las potencias cristianas ya en las riberas del Mediterráneo, ya en la Rusia meridional y en el Turquestan, ya en la India. Esta historia está todavía en gran parte por escribir, y casi todo lo que de ella se ha investigado suficientemente se halla expuesto en obras que forman parte de esta misma HISTORIA UNIVERSAL. La presente historia del Islam solo puede tratar del epílogo como tal, es decir, como epílogo; pero en la exposición general de los últimos siglos de los diferentes Estados mahometanos tendré que hacer hincapié en los sucesos que atañen á éste ó á aquel particularmente, siempre que lo exija su encadenamiento con lo expuesto anteriormente ó cuando se trate de alguna reanimación, si bien siempre pasajera, de una parte del mundo mahometano que merezca llamar la atención del lector, si quiera por un momento.

La desmembración del imperio de Timur, al cual este